

CAPÍTULO IV: Las Otras Vidas

Ya se ha dicho que Antonio Machado acepta la muerte porque no la considera el fin de la existencia. Hasta ahora, sin embargo, no hemos visto lo que piensa con respecto a la existencia *post mortem*. La clave de este pensamiento tal vez esté en lo que dice Juan Ramón Jiménez, cuando sugiere que su amigo ha vivido más de una vez en este mundo: “Acaso él fue, más que un nacido, un resucitado. Lo prueba quizás, entre otras cosas, su madura filosofía juvenil” (1). En efecto, después de ver que Machado se inclina hacia el nirvana búdico como solución del problema de la otra vida, no debe sorprendernos que también hubiese pensado, con toda seriedad, en la idea de la reencarnación (también se llama transmigración, o metempsicosis). Va a ser difícil determinar hasta qué punto el poeta cree, personalmente, en la posibilidad de tener más de una vida en la tierra. Pero se puede establecer, definitivamente, que la idea de la reencarnación está presente en su obra, tal como lo han visto Dámaso Alonso y Ricardo Gullón (2). Igual que su esperanza de tener una vida después de la muerte, la idea de vivir más de una vez es un concepto que siempre está presente en el pensamiento de Machado. Antes de verlo, no obstante, quiero examinar la teoría de la reencarnación y, luego, ver su importancia para el mundo cultural en que le tocó vivir a nuestro poeta y filósofo.

-
- (1) Juan Ramón Jiménez, “Españoles de tres mundos”, *Sur*, X, 79 (1941), p. 10. El hecho de tener una “madura filosofía juvenil” concuerda con lo que dice el mismo Machado, cuando describe la sensación de no haber sido nunca joven: “¡Juventud nunca vivida,/ quién te volviera a soñar!” (LXXXV, OPP, p. 127); y “¡Yo alcanzaré mi juventud un día!” (L, OPP, p. 103).
 - (2) En su estudio “Muerte y trasmuerte en la poesía de Antonio Machado” Dámaso Alonso ha declarado que “no faltan algunos pasajes de Machado en que expresa terror de una vida metempsíquica, espanto de volver a empezar”; *Revista de Occidente*, 5-6 (marzo y abril 1976), p. 22. Y en su libro *Una poética para Antonio Machado*, Ricardo Gullón habla de los ciclos de muerte y resurrección que se observan en la naturaleza, y entonces pregunta: “¿Estaría el hombre sujeto a ese ritmo, a ese vaivén que le prometía retornar con nueva (pero semejante) forma al universo? Múltiples indicios sugieren una respuesta afirmativa, y no es en la obra de Machado donde se hallarán menos”; (Madrid: Gredos, 1970), pp. 117-118. Aunque reconocen que la reencarnación aparece en la obra de Machado, ninguno de estos escritores ha hecho un estudio completo de este aspecto de su obra.

1. LA REENCARNACIÓN EN EL MUNDO OCCIDENTAL

LA TEORÍA DE LA REENCARNACIÓN

Para muchas personas—tal vez una mayoría si pensamos en el mundo entero—la teoría de la reencarnación ofrece una explicación satisfactoria del sentido de la vida. También es evidente que, en un período u otro, esta teoría ha florecido en casi todas las partes del mundo. Tal universalidad parece indicar que la teoría de la reencarnación es una de esas creencias espontáneas o instintivas, con las que el ser humano responde a los problemas más urgentes de su existencia. Lo que sigue es un resumen de los aspectos más importantes de esta teoría.

Con la notable excepción de Espinoza, casi toda filosofía panteísta incluye entre sus conceptos la posibilidad, y aun la necesidad, de vivir más de una vez en este mundo. Al hablar de la reencarnación, por lo tanto, será necesario ver su relación con la creencia de la unidad de Dios y el mundo. Como vimos en el primer capítulo, Dios es el ser absoluto y todo lo que existe es parte de su substancia infinita. Por eso, cada criatura tiene dentro de su ser, como su esencia fundamental, una chispa de la energía divina. Aunque el alma de todo ser humano siempre retiene el atributo de la divinidad, el hombre pierde la conciencia de su origen divino; a causa de los límites de su conocimiento finito, olvida su relación con la Totalidad y empieza a actuar de una manera egoísta. Porque es libre, siempre tiene la posibilidad de cambiar su manera de ser y reunirse con Dios; pero esto no es fácil, porque al dejarse guiar por el amor propio en vez del amor divino, el alma se cubre de imperfecciones e impurezas.

Es el propósito de las vidas en este mundo, pues, dar a cada individuo la posibilidad de perfeccionarse, hasta que sea capaz de armonizar su voluntad con la de Dios. El pensamiento convencional le da solamente una vida antes de ser “salvado” o “condenado” eternamente. Pero la teoría de la reencarnación significa que el alma tiene cuantas vidas necesite para cumplir su evolución espiritual y que, de este modo, todas las almas finalmente se reunirán con Dios.

Como ya hemos visto, hay cierta diferencia de opinión con respecto a este momento de reunión final. Algunos creen que la identidad del alma no se preserva, ni entre las sucesivas encarnaciones, ni en el momento de unirse con el Todo. Otros, en cambio, creen que el alma siempre retiene su individualidad esencial y, cuando termina el ciclo de sus vidas en la tierra, seguirá evolucionando eternamente en otras esferas de la realidad divina.

LA LEY DEL KARMA

Gobierna el proceso evolutivo de las vidas sucesivas una ley universal que se llama *karma*. Esta ley crea un estado de simetría perfecta, al decretar que cada acción produce una reacción correspondiente; es la misma ley que enseña San Pablo en el Nuevo Testamento, al declarar: “todo lo que el hombre sembrare, eso cosechará” (Gálatas VI, 7).

Todo lo que pasa en la vida de una persona, así, se basa en un principio de justicia absoluta: el bien por el bien, y el mal por el mal. La ley del karma se aplica a esta vida, y a todas las vidas futuras; el resultado de nuestras acciones no siempre aparece inmediatamente, pero no deja de producir un efecto, en esta vida, o en una venidera. Por eso, el que conoce la ley del karma y se adapta a ella puede avanzar más rápidamente en el camino de su perfección.

Según la teoría de la reencarnación, el alma elige las circunstancias de su vida antes de nacer; elige las que necesita para tener la oportunidad de progresar en su tarea evolutiva. Puesto que el alma en su estado primordial no es masculino ni femenino y posee una potencialidad que nunca puede ser realizada por una sola personalidad, escoge muchas formas diferentes: a veces se encarna como hombre, a veces como mujer; a veces como rico, a veces como pobre. El karma de todo individuo, por lo tanto, es determinado por la manera en que reacciona a las circunstancias que él mismo ha escogido. Pensando en la idea de avanzar hacia una vida más pura, el karma puede ser “bueno” o “malo”. Los reencarnacionistas no suelen considerar el “mal karma” como castigo; prefieren pensar que cada persona tiene que resolver ciertos problemas en cada vida y, si no los resuelve, estos problemas u otros semejantes, siguen apareciendo en esta vida, o en una vida futura, hasta que se resuelvan. Por otra parte, tratar al prójimo con amor produce “buen karma” en el futuro, y los talentos que uno adquiere en una vida aparecen en los posteriores.

Visto de este modo, todo lo que ocurre en la vida tiene propósito; el sufrimiento y las cosas que parecen malas desde nuestra perspectiva limitada, tienen el fin educativo de ayudarnos a desarrollar nuestra potencialidad completa como entidad divina. A medida que crecemos nosotros, Dios también crece, como parte de un eterno proceso creador que es el fundamento de la Vida.

EL OCCIDENTE

Uno de los primeros descubrimientos que se hace al investigar la teoría de la reencarnación es que no se limita al Oriente: también es un aspecto importante de la filosofía occidental. Se ve en las ideas de Pitágoras, Sócrates y Platón (3), y luego continúa en las de Ovidio, Virgilio, Cicerón, Plotino y otros pensadores de la antigüedad. La idea de vivir más de una vez se encuentra en la *Cábala* de los judíos, y también hay pasajes en el Nuevo Testamento que sugieren esa teoría (4). En efecto, ciertos escritores sostienen que la idea de la reencarnación era parte de la religión cristiana en el

(3) Hay varias referencias a la metempsicosis en la obra de Platón, a saber, *La república* 614-621; *Fedro* 245-252; y *Fedón* 72-77.

(4) Hay ciertos pasajes en el Nuevo Testamento, que difícilmente pueden entenderse, si no se interpretan de acuerdo con la teoría de la reencarnación. En dos ocasiones, el Cristo da a entender que Juan el Bautista es la reencarnación de Elías. Primero, dice a sus discípulos: “Y si quieres recibir, él [Juan el Bautista] es aquel Elías que había de venir” (S. Mateo XI, 14); y otra vez, cuando los discípulos preguntan sobre la venida de Elías, el Cristo responde: “Mas os digo, que ya vino Elías, y no lo conocieron; antes hicieron en él todo lo que quisieron... Los discípulos entonces entendieron que les

principio (5). Los gnósticos, quienes pretendían basarse en las enseñanzas del Cristo, la tenían entre sus creencias; y Orígenes, que era uno de los primeros maestros de la Iglesia Católica, también predicó la reencarnación. Las ideas de Orígenes recibieron mucha atención, hasta que al fin fueron condenadas por Justiniano en el siglo VI. Después de esta fecha, la reencarnación nunca ha sido parte de la tradición ortodoxa; pero ha persistido en ciertos grupos como los Rosacrucianos, los Masones y la Teosofía, y también ha aparecido en las ideas de muchos pensadores occidentales (6). Como indicio de que esta idea no sólo se origina en el pensamiento oriental, consta que muchos indios norteamericanos también creen en la posibilidad de tener más de una vida (7). De acuerdo con las ideas de la “nueva conciencia”, durante las últimas décadas, se ha observado un creciente interés en la reencarnación, y se han publicado muchos libros

habló de Juan el Bautista” (S. Mateo XVII, 12-13). Luego hay otros pasajes en los que el pueblo hebreo parece creer en la reencarnación: “Y oyó Herodes el tetrarca todas las cosas que hacía [el Cristo]; y estaba en duda, porque decían algunos: Juan ha resucitado de los muertos; Y otros: Elías ha aparecido; y otros: Algún profeta de los antiguos ha resucitado” (S. Lucas IX, 7-8). Otra vez el Cristo pregunta a los discípulos: “¿Quién dicen las gentes que soy? Y ellos respondieron, y dijeron: Juan el Bautista; y otros, Elías; y otros, que algún profeta de los antiguos ha resucitado” (S. Lucas IX, 18-20). En cierta ocasión parece que los discípulos piensan en la reencarnación cuando preguntan al Cristo sobre los pecados de un hombre que ha sido ciego desde su nacimiento: “Y pasando Jesús, vio un hombre ciego desde su nacimiento. Y preguntáronle sus discípulos, diciendo: Rabbí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciese ciego?” (S. Juan IX, 1-2). Aunque no se mencione, la reencarnación es implícita; porque si el hombre era ciego desde su nacimiento y si esto puede haber sido el resultado de sus pecados, debe haberlos cometido antes de nacer, es decir, en una vida anterior. El Cristo sigue hablando de otra cosa, pero no corrige la lógica de los discípulos quienes lo han pensado así. Por último, en “Apocalípsis” se lee el versículo siguiente: “Al que venciere, yo lo haré una columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá fuera” (III, 12). Lo cual parece significar que el que se purifica podrá quedarse en el Reino de Dios; ya no tendrá que “salir fuera”, es decir, renacer.

- (5) Para ver un estudio de la relación entre el cristianismo y la teoría de la reencarnación, el lector puede consultar el libro de Quincey Howe Jr., *Reincarnation for the Christian* (Philadelphia: Westminster Press, 1974). Véanse también *Reincarnation in World Thought*, edited por Joseph Head y S. L. Cranston (New York: Julian Press, 1969); Bagavan Das, *The Essential Unity of All Religions* (Adyar, India: Theosophical Publishing House, 1955); William Kingsland, *The Gnosis or Ancient Wisdom in the Christian Scriptures* (London: G. Allen & Unwin, 1937); y Eva Martin, *Reincarnation: The Ring of Return* (New York: University Books, 1964).
- (6) Según el libro *Reincarnation in World Thought*, Op. cit., la lista de los que creían en la reencarnación incluye muchos pensadores occidentales, tales como Pitágoras, Sócrates, Platón, Cicerón, Plotino, Orígenes, Giordano Bruno, Emanuel Swedenborg, Benjamin Franklin, Immanuel Kant, Victor Hugo, Honoré de Balzac, Ralph Waldo Emerson, Friedrich Nietzsche, Ricard Wagner, Walt Whitman, Leo Tolstoi, William James, C. G. Jung, James Joyce, y Salvador Dalí.
- (7) En su libro *The Soul of the Indian* Charles A. Eastman, cuyo nombre indio era “Ohiyesa”, ha escrito: “Muchos indios creían que uno puede nacer más de una vez, y había algunos que afirmaban tener pleno conocimiento de una previa encarnación”; (Boston y New York: Houghton Mifflin, 1911), p. 167. Y en su libro *Rolling Thunder*, Doug Boyd cita las palabras del curandero (*medicine man*) cuyo nombre se ha tomado como título: “Vivimos muchas veces. Pasamos por vidas diferentes; y a veces podemos juntar las diferentes vidas. Así es. Pasamos de una vida a otra y no debemos temer a la muerte. Es solamente una transición”; (New York, Delta, 1974), p. 262.

nuevos, algunos de los cuales como los del profesor Ian Stevenson de la Universidad de Virginia, pretenden establecer la teoría de la reencarnación sobre una base científica (8).

2. MACHADO Y EL PENSAMIENTO ORIENTAL

Es imposible decir cuál fue el origen exacto del interés de Machado en el tema de la reencarnación. Sin duda se debe en parte a la influencia del krausismo (9). Por otra parte, un estudio de Ricardo Gullón nos permite ver cómo algunos conceptos de la filosofía oriental entraron en el pensamiento español durante el siglo pasado. Al examinar la importancia de ciertas ideas esotéricas en el Modernismo, Gullón declara:

-
- (8) El Profesor Ian Stevenson ocupa la cátedra de Parapsicología en la Universidad de Virginia y, además de numerosos estudios en revistas científicas, ha publicado *Twenty Cases Suggestive of Reincarnation* (Charlottesville: University Press of Virginia, 1974); *Cases of the Reincarnation Type: Ten Cases from India* (Charlottesville: University Press of Virginia, 1975); y *Cases of the Reincarnation Type: Ten Cases from Sri Lanka* (Charlottesville: University Press of Virginia, 1977). Stevenson ha estudiado más de mil casos en diversos países en los que un individuo—casi todos son niños porque los recuerdos suelen olvidarse cuando el sujeto es mayor—recuerda unos detalles de una supuesta vida anterior. Viaja al sitio donde ocurrieron los sucesos recordados e intenta averiguar si éstos son correctos, eliminando así todo caso donde puede haber fraude o decepción. Stevenson no pretende tener una prueba definitiva de la realidad de la reencarnación, pero el que lee sus libros no puede menos de impresionarse ante la legitimidad de su método y la aparente validez de los resultados de su investigación.
- (9) En mi artículo “Antonio Machado y las galerías del alma”, *Cuadernos hispanoamericanos*, 304-307 (octubre-diciembre 1975; enero 1976), pp. 668-669n, hice algunas observaciones sobre el posible origen de estas ideas en el pensamiento de Machado y vale repetir las aquí: “He emprendido ciertas investigaciones sobre este punto que hasta la fecha no he podido terminar satisfactoriamente. Estas investigaciones han tenido tres temas principales: 1) la masonería y el pensamiento antiguo, incluyendo la idea de la reencarnación; 2) la relación entre Machado y la masonería; 3) las posibles relaciones entre la Institución Libre de Enseñanza y la masonería. Con respecto al primer tema, en *Reincarnation in World Thought* hay una sección del libro donde se dice que, aunque se permite a los masones individuales mucha libertad en sus creencias religiosas—sólo en algunas logias se exige una creencia en la existencia de Dios—, muchos masones, sobre todo en los grados superiores, han mostrado gran interés en la reencarnación; Op. cit., pp. 166-167. También he consultado dos libros sobre la masonería donde el autor expresa su propia creencia en un concepto de reencarnación y declara que esta creencia es parte de la enseñanza masónica; véanse Lynn F. Perkins, *The Meaning of Masonry* (New York: Exposition Press, 1960) pp. 124-125; y Joseph Earl Perry, *The Masonic Way of Life and Other Addresses* (Cambridge: Masonic Education and Charity Trust, 1968) pp. 85-86. En estos libros y también en otro por J. S. M. Ward—*Freemasonry, Its Aims and Ideals* (London: Rider, 1923)—es clara también la relación entre las creencias masónicas y la antigua filosofía de Grecia y del Oriente. En cuanto al segundo tema de investigación, se sabe que Machado fue masón; véase el artículo de Emilio González López, citado por Joaquín Casaldueiro en “Machado, poeta institucionista y masón”, *La Torre*, XII, 45-46 (1964), pp. 100-102. Me ha escrito González López en una carta que Machado ingresó en el invierno de 1929-1930. No he podido averiguar si pertenecía a una de las logias que exigen una creencia en Dios. No sé si su padre fue masón, pero lo habrá sido su abuelo, según el libro de Miguel Morayta, *Masonería española: páginas de su historia*, reeditado por Mauricio Corlavila (Madrid: Nos, pp. 341-342).

A través del modernismo literario fluye una vasta corriente esotérica, integrada por la acumulación un tanto caótica de doctrinas procedentes de religiones orientales, hindúes sobre todo, del pitagorismo y los textos gnósticos, de la Cábala hebrea, y de la teosofía... Mme. Blavatsky y otros como ella pueden haber contribuido mucho a que poetas y narradores escribieran como lo hicieron. Que las doctrinas esotéricas atrajeran a los modernistas por cuanto tienen de aproximación al misterio es cosa que me parece casi seguro; las entendieron como impulsos órficos de penetración en la sombra y desentendiéndose de otras particularidades buscaron en ellas la clave perdida de los enigmas radicales de la existencia: de la vida y de la muerte y del más allá...

Si no me equivoco, ideas como éstas penetraron en España mediados del siglo XIX, de la mano del espiritismo (la primera sociedad espiritista se fundó en Cádiz, año de 1855...)... En 1889 ingresa España en la Sociedad Teosófica... Con la Teosofía... entraron en circulación viejas ideas pitagóricas e hindúes, casi siempre en la caprichosa versión de Mme. Blavatsky; algunas de esas ideas, como la de la reencarnación, desnaturalizada por esta fantástica mujer, se mezcló con las mal dirigidas ideas de Nietzsche sobre el eterno retorno, dejándose interpretar, como era lógico, según el temperamento y la fantasía del escritor (10).

Gullón menciona que estas ideas también influyeron en la obra de varios miembros de la Generación del 98, a saber, Unamuno, Valle Inclán y Antonio Machado (11).

No es mi propósito hacer un estudio completo de la relación entre la metafísica de Machado y el misticismo oriental. Pero para servir como complemento al estudio del tema de la reencarnación en su obra, pueden mencionarse varios puntos de contacto.

En un poema enigmático de “Proverbios y cantares” de la primera edición de *Nuevas canciones*, Machado pregunta:

Hombre occidental
tu miedo al Oriente, ¿es miedo
a dormir o a despertar? (12).

El abuelo vivió con la familia de Machado hasta su muerte en 1895 y también fue uno de los primeros colaboradores de la Institución Libre de Enseñanza. Sobre el tercer tema, González López me dice en su carta que eran masones don Nicolás Salmerón y don Hermenegildo Giner de los Ríos, pero no sabe si lo era don Francisco. En su libro sobre la Institución Libre de Enseñanza, Vicente Cacho Viu dice que el mismo Krause fue masón, pero en cuanto a Giner y los otros profesores, cita opiniones contradictorias y dice que es imposible llegar a una conclusión definitiva con respecto a la posible relación entre la Institución y la masonería; véase Vicente Cacho Viu, *La Institución Libre de Enseñanza* (Madrid: Rialp, 1962), pp. 59-60 y la nota pp. 218-219n”.

Ahora, después de haber hecho un estudio más extenso del krausismo, creo aun más en la probabilidad de que Machado aprendiera muchas de estas ideas de sus maestros en la Institución Libre de Enseñanza. A lo mejor, nunca se podrá probar definitivamente, pero el que conoce la filosofía de Krause, no puede menos de pensar que los krausistas debían tener gran simpatía por muchas ideas de la Teosofía y de la filosofía oriental.

(10) Ricardo Gullón, “Ideología del modernismo”, *Ínsula*, 291 (febrero 1971), p. 1.

(11) Pablo de A. Cobos también cita el artículo de Gullón con el cual está de acuerdo, según lo explica en lo que sigue: “Gullón cita dos o tres veces a Machado aludiendo a la posible presencia de esta corriente (esotérica) en su poesía y en su pensamiento, y yo no me atrevería a negarlo, porque lo seguro es que su muy despierta curiosidad hubo de interesarse por la corriente”; *Humor y pensamiento de Machado en sus apócrifos* (Madrid: Ínsula, 1972), p. 36n.

(12) Antonio Machado, *Obras: poesía y prosa*, 2ª Edición (Buenos Aires: Losada, 1973), p. 833.

A pesar de la creencia occidental de que la filosofía oriental se basa en un sueño, Machado parece asociarla con el “despertar”, tema frecuente en su obra. Luego, en un ensayo sobre Saavedra Fajardo, Machado da doble sentido a los vocablos “desorientado” y “orientarse”, al describir la Europa moderna:

El Occidente parece cada vez más desorientado... De buen o de mal grado, habrá que orientarse un poco (OPP, p. 687).

O dicho de otra manera, la falta de dirección que experimenta el hombre occidental ha de corregirse por medio de un conocimiento más claro del pensamiento oriental. En otra ocasión, Machado abandona el juego de palabras y expresa su preferencia directamente, con estas palabras de Juan de Mairena:

Yo os enseño, o pretendo enseñaros, oh amigos queridos.. el respecto a la sabiduría oriental, mucho más honda que la nuestra y de más largo radio metafísico (pp. 607-609).

La opinión de que la filosofía oriental es “más honda que la nuestra” no es indicio de una postura anti-cristiana, o anti-occidental. En otras ocasiones Machado expresa una actitud tolerante que abarca la filosofía griega, el budismo y el cristianismo, como lo demuestra el siguiente poema de *Nuevas canciones*:

Siembra la malva:
y no la comas,
dijo Pitágoras.
Responde al hachazo
—ha dicho el Buda ¡y el Cristo!—
con tu aroma, como el sándalo.
Bueno es recordar
las palabras viejas
que han de volver a sonar (CLXI, lxv, OPP, p. 282).

La misma actitud ecléctica se manifiesta cuando Juan de Mairena declara que “la humanidad produce muy de tarde en tarde hombres profundos... (Buda, Sócrates, Cristo)” (OPP, p. 640). Finalmente, no hay que olvidar que, al referirse a la otra vida en años posteriores, Abel Martín está “más inclinado, acaso, hacia el nirvana búdico, que esperanzado en el paraíso de los justos” (OPP, p. 494). De este modo Machado demuestra

(13) En el ya citado estudio del modernismo, Ricardo Gullón ha comentado con respecto a la relación que establece la Teosofía entre el Buda y el Cristo; luego añade: “Tanto en Darío como luego en Antonio Machado o en Herrera y Reissig, las dos figuras se equiparan en diversas formas; y, a su lado, ejemplos paralelos de excelsitud en conducta y doctrina, aparecen los nombres de Sócrates y Pitágoras. Los ‘Cristos’ de que habla Mme. Blavatsky... no están muy lejos del Cristo de Unamuno y Antonio Machado” Op. cit., p. 11. Cobos también repite una anécdota segoviana que toca en el mismo tema: “En una reunión de ociosos, una de tantas, en la que suponemos presente a Machado, levantó su copa don Blas J. Zambrano para pronunciar un brindis que terminaba con las siguientes palabras: ‘Como Buda, como Sócrates, como Jesús’. Y, en un aparte, don Daniel Zuloaga, como resumiendo la general complacencia: ‘Éste es de los míos; a Cristo lo pone el tercero’” *Humor y pensamiento...*, Op. cit., p. 36n.

su simpatía por los conceptos de la sabiduría oriental y nos dice que estos conceptos deben integrarse en el pensamiento de occidente para tener un mundo más equilibrado.

También es evidente que Machado no sólo tiene un profundo interés en el misticismo oriental, sino que conoce muchas teorías concretas, como lo demuestra el siguiente análisis de un aspecto búdico en la filosofía de Schopenhauer; aquí sostiene que para el filósofo alemán, tanto como para los budistas, la “esencial realidad” nunca se revela dentro de los límites del mundo fenomenal: “De ella ha brotado el mundo de la representación, el sueño búdico, la vana apariencia en que se ahoga la conciencia humana. Si de algún modo se nos revela—en nuestro yo, donde el velo de Maya alcanza alguna transparencia—es como dolor, ansia de no ser, apetencia de nirvana y de aniquilación de la personalidad” (OPP, p. 774). En cierta ocasión emplea la palabra “karma” al hablar del destino del hombre moderno (OPP, p. 913), y en otras ocasiones se refiere de nuevo al “velo de Maya” (OPP, p. 573 y p. 800) para expresar la idea de que nuestras percepciones finitas no pueden captar la realidad absoluta. Tal concepto es, sin duda, el mismo que Machado expresa en el “Prólogo” a la edición de *Campos de Castilla* de 1917, cuando habla del “doble espejismo”—el de afuera y el de adentro—del que todos somos las víctimas (OPP, p. 51). De ahí también su idea de que la vida es sueño, concepto que le ha hecho decir en una entrevista que “Calderón es el gran poeta barroco que da estructura dramática al viejo tema de la leyenda de Buda” (14).

Ahora, hay otro aspecto del pensamiento machadiano que hay que examinar, antes de ver lo que tiene que decir sobre el tema de la reencarnación. Si es cierto que la esencia del alma es una “sustancia inmortal” como dice Machado en el poema XVIII y en otras partes de su obra, el alma no sólo sobrevive después de la muerte; también existe *antes* de nacer en esta vida. Tal concepto es otro resultado de la concepción panteísta, como intento demostrar en el próximo apartado.

3. LA PRE-EXISTENCIA DEL ALMA

EL RECUERDO DE LOS DÍAS LEJANOS

En su biografía del poeta, Miguel Pérez Ferrero afirma que el incidente de los delfines que describe Juan de Mairena es un suceso real que ocurrió antes del nacimiento del poeta en Sevilla (15). Cuando termina la descripción de este episodio, Mairena declara: “Fue una tarde de sol, que yo he creído soñar alguna vez” (OPP, p. 559). Por eso, al escribir sobre el pasaje citado en otro estudio biográfico, Gabriel Pradal-Rodríguez habla de un “Antonio Machado, soñador y atávico, para quien la propia vida comienza antes de nacer” (16). ¿Es cierto que los sueños le permiten “recordar” este incidente de

(14) Citado por Aurora de Albornoz, en *Antonio Machado: Antología de su prosa*, Tomo II, “Literatura y arte” (Madrid: Edicusa, 1970), p. 226.

(15) Miguel Pérez Ferrero, *Vida de Antonio Machado y Manuel* (Buenos Aires: Austral, 1953), pp. 19-20.

(16) Gabriel Pradal-Rodríguez, *Antonio Machado: vida y obra* (New York: Hispanic Institute, 1951), p. 19.

antes de su propio nacimiento? Machado parece confirmarlo en su poesía al hablar de la importancia de los sueños que le permiten recordar el yo pasado:

Y podrás conocerte, recordando
del pasado soñar los turbios lienzos,
en este día triste en que caminas
con los ojos abiertos.

De toda la memoria, sólo vale
el don preclaro de evocar los sueños (LXXXIX, OPP, p. 130).

Ya se ha dicho que el acto de soñar no debe interpretarse literalmente, ni siempre se refiere a la irrealidad del mundo sensible. En este poema, como en muchas otras ocasiones, el sueño es equivalente a la conciencia intuitiva, mientras que los “ojos abiertos” que ven el mundo presente, corresponden a la mente racional.

En otro poema de este mismo período, Machado se refiere al alcance temporal de estos recuerdos intuitivos:

Algunos lienzos del recuerdo tienen
luz de jardín y soledad de campo;
la placidez del sueño
en el paisaje familiar soñado.

Otros guardan las fiestas
de días aún lejanos... (OPP, p. 84).

De acuerdo con lo que se propone en este poema, hay dos clases de recuerdos: los de un pasado reciente cuya cercanía en el tiempo les da una atmósfera de familiaridad; y otros que traen la vaga memoria de un pasado más remoto, y que la conciencia todavía no ha actualizado con la claridad de los recuerdos más inmediatos. El “paisaje familiar” ha de ser parte de lo que el poeta ha soñado en esta vida, pero la memoria de los “días lejanos” parece ser el recuerdo de una existencia anterior. De este modo podemos comprender la importancia del “don preclaro”, porque en los sueños el poeta a veces evoca el tiempo de su origen divino. Ésta es la idea que se expresa en el poema “Galerías” del año 1904:

Yo he visto mi alma en sueños,
como un estrecho y largo
corredor tenebroso,
de fondo iluminado...

Acaso mi alma tenga
risueña luz de campo
y sus aromas lleguen
de allá, del fondo claro...

Y otra vez, en el poema LXXXVIII, de *Soledades, galerías y otros poemas*:

Tal vez la mano en sueños,
del sembrador de estrellas,
hizo sonar la música olvidada
como una nota de la lira inmensa,

y la ola humilde a nestros labios vino
de una pocas palabras verdaderas (OPP, p. 129).

De igual modo, es “en sueños” donde el poeta describe “cosas de ayer que sois el alma” (LXXXI, OPP, p. 120), esas cosas de su “alma vieja” (XLI, OPP, p. 94), vieja, porque ha existido desde siempre, como el alma del mendigo en el atrio, del cual declara: “Más vieja que la iglesia tiene el alma” (XXXI, OPP, p. 85).

Sí, en efecto, la visión intuitiva a veces tiene el poder de penetrar el velo de las apariencias, como se describe en el poema LXII: “Desgarrada la nube: el arco iris/ brillando ya en el cielo...” Pero también tiene una gran desventaja, porque esta clase de recuerdo nunca es permanente, sino pasajero e intangible: “...Y todo en la memoria se perdía/ como una pompa de jabón al viento” (OPP, pp. 114-115). De ahí la sensación de pérdida que siempre se asocia a la idea de evocar el origen: “¿Donde están los huertos floridos de rosas?” (XLIII, OPP, p. 96); “Alma ¿qué has hecho de tu pobre huerto?” (LXVIII, OPP, p. 133). Por eso en fin, Machado siempre busca la fuente de la vida, lleno de nostalgia por el origen perdido:

Como yo, cerca del mar,
río de barro salobre,
¿sueñas con tu manantial? (CLXI, lxxxvii, OPP, p. 286).

La mayoría de los poemas citados hasta ahora están tomados de la obra temprana del poeta. Pero para demostrar que la idea de la pre-existencia del alma no ha desaparecido de su pensamiento en los años posteriores, podemos volver a examinar el artículo que Machado escribió sobre la muerte de don Blas Zambrano en 1939. Recuérdese lo que dice del alma de su amigo—“lo más suyo lo indefinible personal”—cuando afirma que “esto es lo que don Blas trajo consigo al mundo” (17). Lo cual quiere decir, otra vez, que el alma ya existía en el momento de nacer en esta vida.

UNA VERDAD DIVINA

Gran parte de lo que yo he tratado de expresar en este capítulo Machado lo resume en el poema LXI que se intitula “Introducción” (OPP, pp. 113-114). En los primeros versos el poeta habla de las cosas que ha querido comunicar con su poesía y de nuevo describe el valor del “profundo/ espejo de [los] sueños” que le han permitido vislumbrar “una verdad divina”, allá en “esas galerías,/ sin fondo del recuerdo...” El recuerdo no tiene fondo, en efecto, porque el pasado del alma no tiene límite; su existencia retrocede hasta perderse en el tiempo interminable del ser divino. Y no es la lógica, sino la intuición del poeta que hace posible la visión misteriosa:

(17) Citado de “Don Blas Zambrano” en *Antonio Machado: Antología de su prosa*, Tomo I, “Cultura y sociedad” Op. cit., p. 170.

El alma del poeta
se orienta hacia el misterio.
Sólo el poeta puede
mirar lo que está lejos
dentro del alma, en turbio
y mago sol envuelto...

Al penetrar el velo que cubre este mundo lejano del origen, el poeta percibe el trabajo creador de la energía divina que se convierte, milagrosamente, en la vida fenomenal:

allí el poeta sabe
el laborar eterno
mirar de las doradas
abejas de los sueños...

Luego, el comprender el misterio de la manera en que se crea la vida, le permite al poeta revelar el secreto de esa “vida divina” que mencionó al principio del poema:

Poetas, con el alma
atenta al hondo cielo,
en la cruel batalla
o en el tranquilo huerto,
la nueva miel labramos,
con los dolores viejos,
la veste blanca y pura
pacientemente hacemos,
y bajo el sol bruñimos
el fuerte arnés de hierro...

El poeta habla a los “poetas”, las otras personas que emplean la conciencia intuitiva. Les dice que en esta vida —“en la cruel batalla”—y en la vida más apacible antes, y después, de su morada en este mundo—“en el tranquilo huerto”—, su alma adquiere un ser más puro—“la nueva miel”—por medio de los antiguos sufrimientos. Les promete que todo lo que ocurre está gobernado por una ley universal; el “eterno laborar” de las “doradas abejas” simboliza la ley del karma, que siempre guía a las almas en el camino de su perfección. De acuerdo con este proceso evolutivo, que también se describe en otros poemas de Machado (18), cada persona tiene que purificarse en los “dolores viejos”,

(18) La imagen de las abejas, que destilan la nueva miel de los antiguos dolores, aparece también en los dos poemas que siguen:

...y las doradas abejas
iban fabricando en él [el corazón]
con las amarguras viejas
blanca cera y dulce miel (LIX, OPP, p. 111).

¡De cuántas flores amargas
he sacado blanca cera!
¡Oh tiempo en que mis pesares
trabajaban como abejas! (LXXXVI, OPP, p. 129).

los cuales deben aceptarse con paciencia, para hacer “la veste blanca y pura” de su alma. Y mientras el alma se templea en el calor de la luz divina, también bruñe el “fuerte arnés de hierro”, el buen karma, que ha de protegerla en la vida que le espera antes de terminar el ciclo de sus vidas en este mundo (19). Todo esto lo sabe el poeta; pero el que no sueña, es decir, el que no piensa intuitivamente, estará condenado a ver solamente un reflejo de la realidad divina, porque las apariencias le mostrarán un mundo deformado:

El alma que no sueña,
el enemigo espejo,
proyecta nuestra imagen
con perfil grotesco...

Luego, el poema termina con la descripción del fin de una vida:

Sentimos una ola
de sangre en nuestro pecho,
que pasa..., y sonreímos,
y a laborar volvemos.

Llega el día en que sentimos el último latido de nuestro corazón en esta vida; entonces, sonreímos al darnos cuenta de que la vida no ha terminado, y reanudamos nuestra tarea evolutiva en una vida nueva. Y con esta “Introducción” a las ideas de Machado, al fin estamos en condiciones de pasar al estudio del tema de la reencarnación.

4. LA REENCARNACIÓN EN LA OBRA DE MACHADO

Según Juan de Mairena, una de las revelaciones más importantes del Cristo consiste en que “el alma del hombre no es una entelequia, porque su fin, su *telos*, no está

(19) En otras ocasiones, Machado emplea esta misma idea, relacionándola con la figura de don Quijote: en “España, en paz”, poema que se estudia en el Capítulo VI, y en el siguiente poema que se publicó en una revista madrileña durante la Guerra Civil:

Sobre la maleza,
las brujas de Macbeth
danzan en corro y gritan:
¡tú serás rey!
(thou shall be king, all hail!)
Y en el ancho llano:
“me quitarán la ventura,
—dice el viejo hidalgo—,
que quitarán la ventura,

no el corazón esforzado”.
Con el sol que luce
más allá del tiempo
(¿quién ve la corona
de un Macbeth sangriento?)
los encantadores
del buen caballero
bruñen los mohosos
harapos de hierro (OPP, pp. 723-724).

Las fuerzas del mal incitan a la España guerrera hacia un triunfo violento: “¡tú serás rey!”; mientras el hidalgo idealista exclama: “pueden derrotarme físicamente; no me quitarán el deseo de avanzar hacia la luz”. Pero más allá de esta existencia transitoria, hay una realidad espiritual donde el mal no existe—“¿Quién ve la corona/ de un Macbeth sangriento?”—. En esta esfera de esencias permanentes, la fuerza purificadora del un “sol” divino ayuda a los “encantadores”—Mme. Blavatsky les llama “los Señores del Karma”—a crear un nuevo idealismo más fuerte que ha de protegerle contra la violencia en otras batallas venideras.

en sí misma” (OPP, 528). Si no está en sí misma, pues, ¿dónde está el fin del alma? Tal vez Machado no puede contestar a esta pregunta racionalmente, pero la conciencia intuitiva que es la base de su poesía sí le proporciona una respuesta; la gran aventura del hombre es seguir el camino que lo conduce otra vez a la Divinidad, tal como lo afirma en la última estrofa de “Una España joven” (CXLIV):

Tú, juventud más joven, si de más alta cumbre
la voluntad te llega, irás a tu aventura
despierta y transparente a la divina lumbre,
como el diamante clara, como el diamante pura (OPP, p. 236).

LAS PRIMERAS POESÍAS

Algunas de las primeras poesías de Machado expresan la actitud fatalista de ciertas sectas del brahmanismo y del budismo, de que la vida es una larga peregrinación de la que es casi imposible encontrar una salida. Este es el tema del poema “Cenit” de la primera edición de *Soledades*, donde el poeta medita en la sensación de intemporalidad que produce el canto del agua:

Escucha bien en tu pensil de Oriente
mi alegre cantarí,
que en los tristes jardines de Occidente
recordarás mi risa clara y fría.
Escucha bien que hoy dice mi salterio
su enigma de cristal a tu misterio
de sombra, caminante: Tu destino
será siempre vagar, ¡oh, peregrino
del laberinto que tu sueño encierra!... (OPP, p. 37).

En este poema el agua crea la apariencia del tiempo que pasa, pero el eterno fluir de la vida no trae ningún cambio, ni ofrece la esperanza de escapar la monotonía del mundo sensible; por eso el destino del poeta es “siempre vagar” por un mundo de tristeza y sufrimiento. Idéntico concepto se expresa en los siguientes versos de “La noria”:

Yo no sé qué noble,
divino poeta
unió a la amargura
de la eterna rueda
la dulce armonía
del agua que sueña
y vendó tus ojos
¡pobre mula vieja!... (LXVI, OPP, p. 99).

Aquí Machado ha utilizado la noria para simbolizar la “eterna rueda” del renacer, antiguo símbolo oriental para expresar la idea de la transmigración de las almas (20). La “mula vieja” representa la persona que sigue en el círculo vicioso de las vidas repetidas, sin

(20) Sobre este símbolo importante ha escrito C. G. Jung: “De acuerdo con el espíritu del Oriente, la sucesión de nacimientos y de muertes se ve como una eterna rueda que sigue rodando sin fin” *Memories, Dreams, Reflections* (New York: Vintage, 1965), p. 316. También hay una discusión de este símbolo en *Reincarnation in World Thought*, Op. cit., pp. 30-31.

poder alcanzar el “paraíso de los justos”, ni el éxtasis del nirvana. El agua que sueña” de nuevo produce la ilusión del tiempo que pasa, mientras que los ojos vendados representan la inteligencia del ser humano que solamente percibe la vida por el velo de Maya.

Igualmente fatalista es el poema “Glosa” (LVIII), donde Machado cita las bien conocidas palabras de Jorge Manrique sobre los ríos que van a dar a “la mar,/ que es el morir”. Entonces el poema termina con los versos que siguen:

Tras el pavor del morir
está el placer de llegar.
¡Gran placer!
Mas ¿y el horror de volver?
¡Gran pesar! (OPP, p. 110).

Este poema, indudablemente, inspiró a Dámaso Alonso cuando escribió que “no faltan algunos pasajes de Machado en que expresa terror de una vida metempsíquica, espanto de volver a empezar”. Porque si el “placer de llegar” es el que siente el alma al salir de la larga cadena de vidas soñadas, el “horror de volver” ha de representar su angustia cuando piensa en la necesidad de volver una vez más a la tristeza del mundo sensible sin la esperanza de llegar al fin de su larga peregrinación (21).

En las escrituras del brahminismo, y en el antiguo simbolismo de la cultura occidental, la luna a veces se asocia a la idea de la reencarnación (22). Según lo expresa

-
- (21) Los que estudian el poema LVIII generalmente no hablan de los últimos versos, escribiendo solamente sobre los primeros que se refieren a Jorge Manrique. Con la notable excepción del de Dámaso Alonso, los pocos comentarios que he encontrado sobre el fin de este poema son incompletos o ambiguos. Por ejemplo, Rodrigo A. Molina no menciona el “placer de llegar”, y traduce el “horror de volver” como “volver en sí”; *Variaciones sobre Antonio Machado, el hombre y su lenguaje* (Madrid: Ínsula, 1973), p. 31. Constantino Lascaris escribe: “Me da lo mismo, para explicar estos versos, suponer una alusión a la doctrina del retorno eterno, vuelta a poner de moda por Nietzsche, o suponer simplemente que ese volver hiciera una alusión a volver a tener conciencia, fuera la forma que fuera”; “El Machado que se era nada” *La torre*, XII, 45-46 (1964), p. 203. P. Cerezo Galán ve en estos versos una referencia a la idea del tiempo circular, pero no toma en serio la idea de volver a nacer: “¿Apunta aquí Machado a la teoría del eterno retorno? Creo que sí. Y no porque tuviera la menor convicción a este respecto, sino porque el placer nadista de la llegada, le ha sugerido a ‘burlaveras’ el gran pesar (?) de tener que comenzar de nuevo”; *Palabra en el tiempo* (Madrid: Gredos, 1976), p. 81.
- (22) En las *Upanishadas* se ha escrito: “Mas los que vencen a los mundos por el sacrificio, por la caridad y por la austeridad van al humo, y del humo a la noche, y de la noche a la luna menguante... Al llegar a la luna se hacen comida, y los dioses los consumen... Mas cuando esto termine, vuelven al mismo éter, del éter al aire, del aire a la lluvia, y de la lluvia a la tierra... donde nacen en el fuego de la mujer. Entonces, suben a los mundos, y van por el mismo ciclo como antes”; citado del libro de Eva Martín, *Op. cit.*, p. 38. En *The Secret Doctrine*, al comentar sobre la antigua religión de Egipto, observa Mme. Blavatsky: “El ser humano, en su pensamiento esotérico, salió de la luna...; cruzó el ciclo entero de la existencia y luego regresó al lugar de su nacimiento antes de salir otra vez. La luna era el símbolo de las renovaciones o las reencarnaciones, de acuerdo con su crecer, su menguar, su morir y su reaparecer en cada mes” Tomo I, “Cosmogénesis” (Point Loma, California: The Aryan Theosophical Press, 1917), pp. 227-228. La misma idea también es parte de la enseñanza de Jorge Gurdjieff: véanse P. D. Ouspensky, *In Search of the Miraculous* (New York: Harcourt, Brace & World, 1949), p. 85; y *The Fourth Way* (New York: Vintage, 1957), p. 408.

Mircea Eliade, la imagen de la luna, que crece y mengua de una manera ciclica, produce la creencia mítica de los que ven la fase invisible de la luna como símbolo de la muerte, y entonces creen que los muertos van a la luna y luego regresan de ella, de acuerdo con la teoría de la transmigración (23). Parte de esta teoría se basa en la idea de la luna como depositario de las almas en la época en que éstas no viven en la tierra. Pues bien, todo esto puede verse también en la obra de Machado. Por ejemplo, en varias ocasiones la luna se emplea como símbolo de la muerte; en el poema LVI el disco lunar se compara con una “reluciente calavera” (OPP, p. 109), y en el poema CLVII el poeta declara “Con esta luna parece/ que hasta la sombra envejece...” (OPP, p. 259). En otro poema temprano que nunca recogió en libro, Machado describe la luna como depositario de almas: “Y es que la tierra ha muerto.../ Está en la luna/ el alma de la tierra...” (OPP, p. 31). Entonces, el poema XXXIX ofrece un buen ejemplo de la luna como símbolo de la reencarnación. En esta composición se describe la amargura que siente el hombre después de perder la inocencia que poseía en el momento del origen:

¡Ay del galán sin fortuna
que ronda a la luna bella;
de cuantos caen de la luna
de cuantos se marchan a ella! (OPP, p. 92).

Tal como en el simbolismo antiguo, las almas “caen de la luna” cuando nacen en esta vida, y “se marchan a ella” en el momento de morir.

Otro poema de la primera edición de *Soledades* contiene la misma actitud pesimista hacia la vida que hemos visto en los poemas anteriores, pero en este caso la muerte se ve como la posibilidad de una salida. El poeta despierta después de una pesadilla y confronta el hastío de un nuevo día; luego, mira hacia el futuro:

Y a martillar de Nuevo el agrio hierro
se apresta el alma en las ingratas horas
de inútil laborar, mientras sacude
lejos la negra ola
de misteriosa marcha
su penacho de espuma silenciosa...
¡Criaderos de oro lleva
en su vientre de sombra!... (OPP, p. 41).

El poeta lamenta su “inútil laborar” porque el tiempo transcurrido—“las ingratas horas”—no le trae ninguna esperanza de avanzar en la tarea de su evolución espiritual. Pero allá lejos se acerca la negra ola que ha de envolverlo todo, y en esta ocasión la muerte se ve como un consuelo porque lleva en su seno los “criaderos de oro” que ofrecen la promesa de otras vidas más puras.

Más optimista también es el poema “Renacimiento” (LXXXII) que, como indica el título, vuelve a tratar el tema de la nueva vida:

(23) Véanse Mircea Eliade, *Images and Symbols* (New York: Sheed & Ward, 1961), pp. 72-73; y Juan Eduardo Cirlot, *Dictionary of Symbols* (New York: Philosophical Library, 1962), p. 205.

Galerías del alma... ¡el alma niña!
Su clara luz risueña;
La pequeña historia,
y la alegría de la vida nueva...
¡Ah, volver a nacer, y andar camino,
ya recobrada la perdida senda!
Y volver a sentir en nuestra mano,
Aquel latido de la mano buena
de nuestra madre... Y caminar en sueños
por amor de la mano que nos lleva... (OPP, p. 129).

Mucho se ha escrito sobre las “galerías del alma” de Machado, pero en este poema la frase sugiere la idea de las distintas vidas por las que pasa el alma. Aquí tenemos sin duda uno de los poemas donde más claramente se expresa la idea de la reencarnación: “¡Ah, volver a nacer, y andar camino,/ ya recobrada la perdida senda!” A causa de la referencia a la madre en la tercera estrofa, se ha dicho que este poema expresa el deseo imposible de volver a la seguridad de la juventud perdida (24). Pero esto es inadecuado para explicar el sentido de la segunda estrofa que se apunta hacia el futuro y, además, la palabra “madre” no es solamente una referencia a la madre del poeta; habla más bien de “nuestra madre”, expresión que ha de significar algo como el Principio Femenino que es el origen de la vida en un sentido panteísta. Y en efecto, volver a nacer en esta vida sería volver a “caminar en sueños”, sintiendo, otra vez, el amor de nuestro Criador perdido que a pesar de la pérdida, nos lleva todavía, y nosotros llevamos en el corazón.

Otro “renacer” se describe en el poema XXXVI, que empieza con los versos que dicen:

Es una forma juvenile que un día
a nuestra casa llega.
Nosotros le decimos: ¿Por qué tornas
a la morada vieja?... (OPP, p. 87).

Aquí el poeta parece describir el nacimiento de un niño en la casa familiar, y le pregunta sobre el motivo de su vuelta a esta vida—“la morada vieja”—.

En el previo capítulo hablamos de la fe en la otra vida que Machado expone en el poema XXI, pero ahora puedo ofrecer una explicación más completa de los versos finales de este poema. Al comenzar, el poeta piensa en la hora de su muerte, y entonces escucha la voz del “silencio” que le anima al decir que su muerte no será el fin del tiempo. Luego, la voz del silencio añade:

-
- (24) Sobre este punto ha escrito Sánchez Barbudo: “El poema es sobre todo una mirada nostálgica hacia su infancia, cuando era guiado y no se sentía perdido. Se extravió luego en la vida. Por eso expresa el deseo de ‘volver’; y en relación con esa seguridad pasada, hay en los cuatro versos finales un recuerdo concreto, enterecedor, de la mano maternal que le conducía entonces, cuando él caminaba como ‘en sueños’”; Antonio Sánchez Barbudo, *Los poemas de Antonio Machado* (Barcelona: Lumen, 1969), p. 103. La interpretación de Sánchez Barbudo parece lógica, pero omite un detalle importante: en el poema se habla no solo de “volver”, sino de “volver a nacer”, acto que se apunta hacia el futuro, y no hacia el pasado. Tampoco menciona que la palabra “madre” está calificada por el adjetivo “nuestra”, lo cual no deja de tener importancia, como intento demostrar en lo que sigue.

Dormirás muchas horas todavía
sobre la orilla vieja,
y encontrarás una mañana pura
amarrada tu barca a otra ribera (OPP, p. 80).

Estos versos pueden interpretarse, de acuerdo con la teología convencional, como la afirmación de que el alma dormirá por muchos años después de la muerte, antes de despertar en el momento del Juicio Final. No obstante, en vista de lo que hemos observado en los otros poemas, parece más probable que sea un poco diferente lo que el poeta quiere decir con esto. Puesto que para Machado la vida es sueño, la frase “dormirás muchas horas todavía/ sobre la orilla vieja” a lo mayor significa que el alma *todavía tendrá muchas vidas en este mundo*—la “orilla vieja”—antes de despertar en una existencia más perfecta. De ser así, la “otra ribera” no sería la otra vida—el cielo—según la concepción ortodoxa, sino otro plano de la realidad divina en la que el alma continúa su evolución después de terminar el ciclo de sus vidas en el mundo sensible.

POESÍAS DE MADUREZ

El pesimismo que Machado a veces asocia a la idea de la reencarnación en los primeros poemas está ausente en la obra de su madurez. Así, cuando vuelve a Andalucía lleno de tristeza a causa de la muerte de su esposa, la esperanza de nueva vida representa un verdadero consuelo. Claro indicio de esta actitud son estas palabras de una carta a Unamuno, cuando menciona la posibilidad de encontrar a Leonor en otra vida: “En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar” (OPP, p. 1.016). Y esto, seguramente, es la explicación de lo que dice en el poema CXXV de *Campos de Castilla*, cuando piensa en el recuerdo de su esposa y entonces termina con estas palabras alentadoras:

Un día tornarán con luz del fondo unguido
los cuerpos virginales a la orilla vieja (OPP, p. 193).

Del mismo modo en que habla del niño que torna a la “morada vieja” en el poema XXXVI, aquí Machado expresa su fe en el renacimiento de su esposa. La “luz del fondo” que ha de envolver el alma nueva, es la misma que se vislumbra en el “fondo iluminado” del poema “Galerías” de la poesía temprana; es la pura energía divina en la que el alma recobra su inocencia primordial, antes de renacer en esta vida.

Tres años después de su traslado a Baeza, Machado recibe la noticia de la muerte de su antiguo maestro en la Institución Libre de Enseñanza. Luego, en “A Don Francisco Giner de los Ríos” (CXXXIX), poema que paralela el artículo sobre el mismo tema que se citó en el previo capítulo, escribe los versos que siguen:

¿Murió?... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.

Sed Buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueron y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced campanas!
Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba... (OPP, p. 229).

Además de la fe en la otra vida que Machado vuelve a expresar en este poema, me parece especialmente significativo el verso que dice: “lleva quien deja y vive el que ha vivido” (25). La primera mitad de este verso nos da un buen ejemplo de la manera en que opera la ley del karma: el que deja el resultado de sus labores en esta vida, se lleva algo—el “buen karma”—a la próxima. Luego, la segunda mitad del verso puede significar que el alma que ha vivido en esta vida, sigue viviendo en el otro mundo según el dogma oficial; pero si lo interpretamos literalmente, también quiere decir que el que vive ahora ha vivido antes, en una vida anterior (26).

En los “Proverbios y cantares” de *Nuevas canciones*, se encuentra el siguiente poemita curioso:

Señor San Jerónimo,
suelte usted la piedra
con que se machaca.
Me pegó con ella (CLXI, lxxiv, OPP, p. 283).

De este poema y de otros del mismo grupo ha dicho Sánchez Barbudo: “son banales reflexiones que más parecen chistes... Hay bastante de estos poemillas cuyo sentido resulta oscuro; e incluso que, al parecer, carecen de sentido” (27). Sin embargo, estos poemas seguramente no carecían de sentido para el poeta, tal como lo afirma José

(25) El verso previo, “los muertos mueren y las sombras pasan”, es un poco más difícil de entender y conviene explicarse aparte. El pasaje correspondiente del artículo en prosa dice: “Sólo pasan para siempre los muertos y las sombras, los que no viven la propia vida. Yo creo que solo mueren definitivamente—perdonadme esta fe un tanto herética—sin salvación posible los malvados y los farsantes...” citado de “A don Francisco Giner de los Ríos”, en *Antonio Machado: Antología de su prosa*, Tomo I, Op. cit., pp. 153-154. Esto sugiere que Machado no cree en la salvación final de todos los hombres. He dicho que la mayoría de los panteístas que aceptan la idea de la reencarnación, como Krause por ejemplo, creen que en la plenitud del tiempo todos los seres se reunirán con el Ser Supremo. Sin embargo, hay algunos que no aceptan este concepto, tales como los gnósticos y ciertos pensadores judíos. Otra excepción se ve en las ideas de Jorge Gurdjieff, el que vivió en la primera mitad del siglo veinte, como Machado. Gurdjieff es panteísta y acepta la teoría de la reencarnación. Pero también afirma que la posibilidad de sobrevivir después de la muerte depende de tener un cuerpo “astral” que solo “se cristaliza” en los que han avanzado mucho en su evolución espiritual. Estos individuos preservan su identidad después de la muerte y pueden tomar otro cuerpo físico, pero los que no han adquirido un cuerpo astral, que son la mayoría, no tienen una vida futura. Véase *In Search of the Miraculous*, Op. cit., pp. 31-32.

(26) Manuel Tuñón de Lara ofrece una excelente interpretación de este poema al decir: “Hay quien es sólo en este mundo, aunque parezca vivir; ése se muere un día definitivamente porque no vivió nunca. El que ha vivido, *vive*, es decir, sigue viviendo; se lleva algo porque deja; deja su obra y su espíritu. Ese espíritu hay que honrar con el trabajo y no con la lamentación” *Antonio Machado, poeta del pueblo* (Barcelona: Nova Terra, 1967), p. 114.

(27) Antonio Sánchez Barbudo, *Los poemas de Antonio Machado*, Op. cit., pp. 366-367.

Machado al insistir: “Claro que el Poeta sabe muy bien por qué pega el Santo” (28). Desgraciadamente para los lectores de Machado, el hermano no explica lo que puede haber sido el motivo de sus palabras, ni de este poema. Por lo tanto, solo podemos decir con seguridad que esa piedra con la que se machaca el santo parece representar el deseo de destruir algo que de un modo u otro incuye el poeta. También se sabe, no obstante, que una de las polémicas en la que participó San Jerónimo fue la que se dirigió contra Orígenes y su discípulo Rufino, a causa de la creencia de éstos en la teoría de la reencarnación. Si se acepta que Machado también creía en esta teoría, puede ser que se siente incluido entre los que ataca el santo. En este caso el poema tendría una explicación completamente lógica; y no será la única vez que Machado emplea el humor para disfrazar sus pensamientos heterodoxos.

En otro poema de *Nuevas canciones*, Machado vuelve a asociar la luna con la idea de vivir más de una vez en este mundo. En la tercera parte de una serie de poemas que se intitula “Viejas canciones”, Machado escribe:

Cerca de Úbeda la grande,
cuyos ceros nadie verá,
me iba siguiendo la luna
sobre el olivar.
Una luna jadeante,
siempre conmigo a la par.
Yo pensaba: ¡bandoleros
de mi tierra!, al caminar
en mi caballo ligero
¡alguno conmigo irá!
Que esa luna me conoce
y, con el miedo, me da
el orgullo de haber sido
alguna vez capitán (CLXVI, iii, OPP, p. 312).

Al afirmar que la luna le conoce, el poeta tiene en mente la idea que se mencionó en la parte anterior, que la luna es el depositario de las almas durante el tiempo que mide entre sus vidas en la tierra. Por eso siente miedo de esta “luna jadeante” que le persigue como un recuerdo de la muerte. Pero al mismo tiempo la presencia del orbe nocturno provoca la sensación de estar acompañado del recuerdo de una vida previa—“¡alguno conmigo irá!”—y le da orgullo la idea de haber pasado por esta tierra como capitán de bandoleros. No es posible saber si con esto Machado recuerde una vida específica. Me parece más probable que, estimulado por la luna y por el paisaje épico, sienta una vaga intuición de algo *déjà vu*, como olvidadas aventuras heroicas en las que le parece haber participado.

En una serie de poemas con el título “Otoño” que Machado nunca incluyó en *Nuevas canciones* ni en sus “Poesías Completas”, se encuentra otra composición que es altamente sugestiva de la idea de la reencarnación:

Golpes de martillo
en la negra nave,

(28) José Machado, *Últimas soledades del poeta Antonio Machado: Recuerdos de su hermano José* (Santiago de Chile: multigrafiado, 1958), p. 7.

la del gallon amarillo;
y en los aros de un tonel
jacundo y panzón
para el vino nuevo
de tu corazón (OPP, p. 829).

Aurora de Albornoz ha hecho un estudio interesante donde intenta probar que, al escribir este poema, Machado describía una pintura de Dionisio sobre un barco que se llena milagrosamente de uvas; como ella lo expresa: “Las uvas rezumantes de vida nueva, nacen de la negra nave” (29). Aunque ella sea una de las personas que opinan que para Machado el alma trabaja solamente “para el polvo y el viento”, sus palabras apoyan nuestra interpretación reencarnacionista. Tal como Dionisio es, a la vez, el dios de la vida y de la muerte, ésta es la nave que ha de llevar el hombre a la otra vida, y en ella se construye el receptáculo para “el vino nuevo” del corazón. Las uvas—símbolo de la vida nueva—nacen de la negra nave, de la misma manera en que la muerte de cada persona contiene las semillas de otras vidas para su alma (recuérdese la negra ola con los “criaderos de oro” del poema de *Soledades*).

La imagen de la nave de la muerte aparece de nuevo en el largo poema surrealista “Recuerdos de sueño, fiebre y duermivela”. Cuando el poeta baja a la entrada del otro mundo, conversa con Caronte, el barquero de los muertos, y le pide permiso para entrar en la otra vida. En seguida, ocurre el diálogo siguiente (Caronte habla primero):

...¿Ida no más?
—¿Hay vuelta?
—Sí.
—Pues ida y vuelta, ¡claro!...
—Sí, claro... y no tan claro: eso es muy caro... (OPP, pp. 365-366).

Sí, el poeta quiere salir del otro mundo para volver a éste, pero tendrá que pagar un precio “muy caro”. Según la ley del karma, la nueva vida trae consigo la obligación de cancelar las deudas que el alma ha adquirido en la vida previa.

Finalmente, en “Otro clima” (CLXXVI), que es el último poema del *Cancionero apócrifo*, Machado examina la existencia del individuo como parte de un proceso universal. Los primeros versos nos hacen pensar de nuevo en las distintas vidas por las que pasa el alma:

¡Oh cámaras del tiempo y galerías
del alma, tan desnudas!...

Otra vez Machado parece afirmar que la existencia del alma se divide en una serie de renacimientos sucesivos. Son galerías “desnudas”, porque el alma pasa de una a otra,

(29) Aurora de Albornoz, “El olvidado ‘Otoño’ de Antonio Machado”, *Ínsula*, 85, p. 13. Ricardo Gullón también ve la muerte, y la nueva vida, en este poema: “La ‘negra nave’, con su gallon amarillo, es el féretro en que haremos la postrera travesía, y aparece en otros versos del poeta. Ligada, como aquí surge, al tonel del ‘vino nuevo’, asocia muerte-vida en la metáfora...”; “Mágicos lagos de Antonio Machado” *Papeles de son Armadáns*, XXIV, 70 (enero 1962), p. 45.

sin llevar consigo el pesado equipaje de las cosas materiales. Entonces, siguen otros versos sugestivos:

Se apaga el canto de las viejas horas
cual rezo de alegrías enclaustradas.
El tiempo lleva un desfile de auroras
con un séquito de estrellas empanadas...

Ha llegado el fin de un ciclo—“las viejas horas”—; el “desfile de auroras” es una referencia a las distintas encarnaciones del alma, mientras que el “séquito de estrellas empanadas” describe la muerte que siempre ocurre al fin de cada vida en el mundo sensible. En los versos que siguen, Machado deja de hablar del individuo, y describe el fin del mundo:

¿Un mundo muere? ¿Nace
un mundo? ¿En la marina
panza del globo hace
nueva nave su estela diamantina?
¿Quillas al sol la vieja flota yace?
¿Es el mundo nacido en el pecado,
el mundo de trabajo y la fatiga?
¿Un mundo nuevo para ser salvado
otra vez? ¡Otra vez! Que Dios lo diga...

¿La existencia del mundo también es cíclica, como declara Mme. Blavatsky en *The Secret Doctrine*? ¿El mundo entero gira en la rueda del renacer como enseña la Teosofía, y la filosofía oriental? Si el mundo no logró salvarse esta vez, a pesar de su trabajo y la fatiga, ¿tendrá otra oportunidad, y otra? Pero Dios no contesta, y mientras las grandes potencias mundiales se destruyen en una batalla apocalíptica, el peregrino sigue su camino viendo a lo lejos las señales de su destino:

Y un *nihil* de fuego escrito
tras la selva huraña
en áspero granito,
y el rayo de un camino en la montaña... (OPP, p. 379).

La montaña con su “*nihil*” de fuego marca los límites del mundo físico. Pero más allá de estos límites hay un “camino”, y el poema termina con unos puntos suspensivos que sugieren que la vida continúa. No se sabe—no se puede saber—lo que el alma encontrará al seguir por este camino, pero sin duda irá, como Giner de los Ríos, “hacia la luz”.

COMPOSICIONES DEDICADAS A GUIOMAR

Desgraciadamente, los editores de las *Obras* de Machado publicadas por Losada decidieron publicar, de las cartas del poeta a Guiomar “únicamente aquellos pasajes de interés literario” (OPP, p. 1035); de esta manera cortaron una vez más las cartas ya mutiladas por Concha Espina, y omitieron una referencia clara y directa de Machado a la idea de la reencarnación.

Así, tenemos que volver al libro de Concha Espina (30), donde la carta a la que me refiero se encuentra en la página 117 y, sin que lo indique la autora, continúa en la página 49. Esta manera arbitraria de presentar las cartas no deja de producir confusión, porque el fragmento de la página 49 no puede entenderse sin el de la página 117.

Al comenzar el primer fragmento, Machado intenta encontrar la causa del profundo cariño que siente por su amada:

En estas ocasiones en que un obstáculo ajeno a nuestra voluntad rompe la posibilidad de comunicar contigo, mido yo, por la tristeza y la soledad de mi alma, toda la hondura de mi cariño hacia ti. ¡Qué raíces hondas ha echado! Se diría que había estado arrigando en mi corazón toda la vida. Porque esto tiene el enamorarse de una mujer, que nos parece haberla querido siempre. ¿Cómo te explicas tú esto? Yo me lo explico pensando que el amor no solo influye en nuestro presente y en nuestro porvenir, sino que también revuelve y modifica nuestro pasado. ¿O *sera que, acaso, tú y yo nos hayamos querido en otra vida? Entonces, cuando nos vimos no hicimos sino recordarnos. A mí me consuela pensar esto, que es lo platónico...* (El énfasis es mío.)

Luego, el fragmento de la página 49 empieza con las últimas dos oraciones del pasaje que acaba de citarse, y poco después Machado vuelve a declarar: “así, el amante, el enamorado, recuerda a la amada, y llora por el largo olvido en que la tuvo antes de conocerla. Aunque parezca absurdo, yo he llorado cuando tuve conciencia de mi amor hacia ti; por haberte querido toda la vida”. Y en otro fragmento—no se sabe si es de la misma carta—que se reproduce en la página 118, Machado exclama de nuevo: “¡Ay! Tú no sabes lo que es tener tan cerca a la mujer que se ha esperado toda una vida”. De modo que le consuela a Machado pensar que ha conocido a su amada “en otra vida”, y reconoce que pensar así es pensar como Platón. La aparente paradoja del “largo olvido en que la tuvo antes de conocerla” se entiende solamente si se sabe que Machado piensa haberla amado en una vida anterior. Por eso también la ha esperado “toda una vida”. Esta ideas corresponden perfectamente a lo que Machado ha dicho en un poema poco conocido, que nunca se incluyó en sus “Poesías Completas”:

“¿Qué es amor?”, me preguntaba
una niña. Contesté:
“Verte una vez y pensar
haberte visto otra vez” (OPP, p. 822).

Sin embargo, el ver la semejanza entre lo que dice el poeta en las cartas y en este poema crea una dificultad, porque según dice Aurora de Albornoz (OPP, p. 1.091), este poema se publicó en 1916, mientras que la carta no fue escrita hasta doce años más tarde. En el primer fragmento citado, al referirse a la idea de haber conocido a la amada, en “otra vida” que es “lo platónico”, no cabe duda de que Machado pensaba en el concepto de la reencarnación. Bien puede ser así así en el poema más temprano, pero la idea de haber conocido y de haber olvidado a una mujer, antes de verla en esta vida, también puede tener otra explicación un poco distinta. En el capítulo que sigue, veremos que

(30) Concha Espina, *Antonio Machado a su grande y secreto amor* (Madrid: Lifesa, 1950).

la amada a veces se identifica con el inconsciente del poeta—el anima, en terminos junguianos—. Se trata de su otra mitad inconsciente, que es aquella parte de su ser que pertenecía a la conciencia divina, antes de encararse por vez primera en el mundo físico. Por eso, cuando Machado habla del amor, es difícil separar la idea de la reencarnación del recuerdo de su otra mitad femenina, porque el anima proyecta este recuerdo en las otras mujeres que conoce y en sus fantasías literarias, de acuerdo con las ideas de Jung.

Esta mezcla de los dos recuerdos—el de la amada, y el de su otra mitad femenina—es exactamente lo que se observa en la segunda parte de las “Cantiones a Giomar” (CLXXIII) que corresponde a los fragmentos de la carta que acabamos de leer:

En un jardín te he soñado,
alto, Giomar, sobre el río,
jardín de un tiempo cerrado
con verjas de hierro frío.

Un ave insólita canta,
en el almez, dulcemente,
junto al agua viva y santa,
toda sed y toda fuente.

En ese jardín, Guiomar,
el mutuo jardín que inventan
dos corazones al par,
se funden y complementan
nuestras horas. Los racimos
de un sueño—juntos estamos—
en limpia copa exprimimos,
y el doble cuento olvidamos.
(Uno: Mujer y varón,
aunque gacela y león,
llegan juntos a beber.
El otro: No puede ser
amor de tanta fortuna:
dos soledades en una
ni aun de varón y mujer) (OPP, p. 369).

En el próximo capítulo estudio la relación de este poema con la teoría del anima; aquí podemos ver su importancia para el tema de la reencarnación. El “jardín” de este poema es un símbolo de la vida paradisiaca que las almas llevan en el principio, antes de perder la conciencia de pertenecer a la substancia divina. Está “sobre el río”, porque existe más allá del tiempo; es el jardín de un “tiempo cerrado”, porque se trata de un paraíso que las almas han perdido para siempre después de beber de la copa que contiene las aguas del olvido. Tal como se describe en la primera estrofa del poema LIX, es en este jardín edénico donde brota el agua “viva y santa” de la pura fuente de la vida. Y es aquí donde las almas fácilmente pueden satisfacer su sed en las cercanas aguas del amor divino —“toda sed y toda fuente”—. En la tercera estrofa de este poema se describe el recuerdo de una vida que el poeta y Guiomar soñaron simultáneamente, cuando se amaban durante la misma época temporal. Al fin de esta vida, no obstante, el poeta y Guiomar tienen que

beber de las aguas del Leteo, y olvidan su doble historia de amor (31). Luego, cuando se acerca el momento de reencarnarse en este mundo, los guardianes del destino—Blavatsky les llama “los Señores del Karma”—ordenan que, en esta vida, el poeta y su amada tengan que vivir separadamente. En todo esto tenemos la causa metafísica de lo que dice Machado en la carta, con respecto a las “ocasionaes en que un obstáculo ajeno a [su] voluntad rompe la posibilidad de comunicar” con la amada.

OTRAS OBRAS

El tema de la reencarnación no es tan evidente en las obras filosóficas, tal vez porque Machado no quiera expresarlo en terminos lógicos, como se exige en una obra de esta naturaleza. No obstante, en su ensayo sobre el futuro de España Juan de Mairena parece sugerir que el país puede renacer:

Si algún día España tuviera que jugarse la última carta... no la pondría en manos de los llamados optimistas, sino en manos de los desesperados por el mero hecho de haber nacido... Los otros la perderían sin jugarla, indefectiblemente, para salvar sus míseros pellejos. Habrían perdido la última carta de su baraja y no tendrían carta alguna que jugar en la nueva baraja que apareciese más tarde, en manos del destino (OPP, pp. 635-636).

Pues bien, ¿que puede ser la “nueva baraja” sino la nueva vida? Y la idea de la carta que ha de jugarse para tener otra oportunidad de jugar en el futuro nos recuerda la ley del karma. Porque esta ley universal no solamente sugiere que los errores tienen que corregirse; también significa *acción*. Los reencarnacionistas piensan que, en la nueva vida, se tendrá solamente lo que se gana en ésta; son las acciones de hoy las que determinan los sufrimientos, y también las ganancias del mañana. Por eso, si el alma no se aventura ahora, le sera aun más difícil, en una vida futura, seguir adelante en el camino de su vuelta a Dios.

En un pasaje de “Los complementarios” (título sugestivo desde el punto de vista de la teoría de la reencarnación), Machado cita a Marcel Proust, con respecto al cambio de carácter que a veces ocurre en la vida de un hombre. En seguida comenta:

Esta observación de Proust le acredita de fino psicólogo... No conviene olvidar tampoco que nuestro espíritu contiene elementos para la construcción de muchas personalidades, todas ellas tan

(31) Sobre este punto ha escrito Ricardo Gullón: “En la frontera entre vida y muerte lo ultimo que el hombre hace es beber del Leteo, cuyo efecto consiste en borrar la memoria... Si la reencarnación se produce y otra vez surgimos de las sombras, el nuevo ser no comunicará con el anterior por la senda del recuerdo, sino por galerías y laberintos impenetrables y, como Machado los llama, borrosos” *Una poética para Antonio Machado*, Op. cit., p. 178. Es cierto lo que dice Gullón, que estas galerías del recuerdo generalmente son “impenetrables” con respecto a las memorias de otra vida. No obstante, parece haber ciertas excepciones, como indican los estudios de Stevenson. También se sostiene que la persona que llega a un estado de iluminación más o menos permanente retiene la memoria de haber vivido otras veces. En términos junguianos, esto es equivalente a establecer un vínculo entre la conciencia individual y el inconsciente colectivo por medio del proceso de individuación.

ricas, coherentes y acabadas como aquella—elegida o impuesta—que se llama nuestro carácter. Lo que se suele entender por personalidad no es sino el supuesto personaje que a lo largo del tiempo parece llevar la voz cantante. Pero este personaje ¿está a cargo siempre del mismo actor? (OPP, p. 777).

Al preguntar si las múltiples personalidades que el espíritu asume “a lo largo del tiempo” son las representaciones del “mismo actor”, Machado se preocupa de nuevo por el problema de una identidad permanente. Siempre le es difícil resolver este problema, pero consta que en *The Secret Doctrine* de H. P. Blavatsky hay un pasaje que viene a ser como la respuesta exacta para la pregunta que hace nuestro poeta:

Íntimamente, o mejor inseparablemente, conectada con el karma está la ley del Renacer, o de la reencarnación de la misma Individualidad espiritual en una larga serie de Personalidades que es casi interminable. *Aquellas son como los vestuarios, o como los distintos personajes que representa el mismo actor* [el énfasis es mío], con los que el actor se identifica, y es indenticado por el público, durante unas horas. El verdadero Hombre, el interior, que interpreta estos caracteres sabe que es Hamlet, solo durante unas pocas jornadas, las que en el plano de la ilusión humana representan la vida entera de Hamlet. También se sabe que anoche era el Rey Lear, la transformación a su turno del Otello de otra noche más temprana. Y aunque el personaje exterior visible debe ignorarlo... la Individualidad permanente tiene plena conciencia de ello (32).

Finalmente, Juan de Mairena discurre un día en torno al tema de la muerte en la tertulia de un café provincino y, como si quisiera inquietar el espíritu perezoso de un amigo tradicionalista, declara enfáticamente:

Es inútil... que busque usted a Felipe II en el Panteón de El Escorial, porque es allí donde no queda de él absolutamente nada. Ese culto a los muertos me repugna. El *ayer* hay que buscarlo en el hoy... Felipe II no ha muerto, amigo mío. ¡¡¡Felipe II soy yo!!! ¿No me había usted conocido? (OPP, p. 499).

¿Es que Mairena de veras se cree ser la reencarnación de Felipe II? No cabe duda de que ésta es parte de una broma, pero ¿cuál es la broma, y cuál es la verdadera intención del autor? Tal vez trate de disfrazar su verdadera creencia con una exageración burlesca. Pero si es cierto que Machado cree en la reencarnación, ¿por qué esconde su creencia detrás de una burla? El mismo Mairena contesta en seguida:

Esta anécdota, que apunta uno de los discípulos de Mairena, explica la fama de loco y de espiritista que acompaña al maestro en los últimos años de su vida (OPP, p. 499).

¿También tuvo Machado “fama de loco y de espiritista” en los últimos años de su vida? La habría tenido seguramente, si hubiera hablado más claramente sobre las ideas que hemos examinado en este capítulo.

UNA PROFESIÓN DE FE

Por vía de conclusión a este capítulo quiero analizar un último poema de Machado, lo cual me permite resumir, y aun aclarar un poco más las ideas que hemos

(32) H. P. Blavatsky, *The Secret Doctrine*, Tomo II, Op. cit., p. 306.

visto hasta este punto. Me refiero a “Profesión de fe”, poema que, a pesar de su título, algunos escritores han tomado como indicio de una falta de fe de parte de nuestro poeta. El poema presenta ciertos problemas, pero éstos se resuelven fácilmente, si se ven a la luz de los conceptos presentados en este capítulo, y en los capítulos anteriores. Veamos lo que poeta de veras quiere decir con este poema:

Dios no es el mar, está en el mar; ríela
como luna en el agua, o aparece
como una blanca vela;
en el mar se despierta o se adormece.
Creó la mar, y nace
de la mar cual la nube y la tormenta;
es el Criador y la criatura lo hace;
su aliento es alma, y por el alma alienta.
Yo he de hacerte, mi Dios, cual tú me hiciste
y para darte el alma que me diste
en mí te he de crear. Que el puro río
de caridad, que fluye eternamente,
fluya en mi corazón. ¡Seca, Dios mío,
de una fe sin amor, la turbia fuente! (CXXXVII, v, OPP, pp. 226-227).

El “mar” en la poesía de Machado representa *lo desconocido*, el velo que esconde nuestro origen y nuestro fin—“de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos”, ha escrito el poeta en otra parte (CXXXVI, xv, OPP, p. 215)—. Dios no es el desconocido, pero nos aparece así—“en el mar”—; nos aparece como un reflejo de la realidad absoluta—“como luna en el agua”—o como una lejana pureza inalcanzable—“como una blanca vela”—. Tiene dos modos de ser: cuando “se despierta” es el ser manifestado; y cuando “se adormece” es el ser no-manifestado. Creó la mar—la nada—al darles a los hombres la capacidad de pensar lógicamente. Nace de la mar—sale de la nada, del desconocido—cuando la conciencia intuitiva penetra el velo de los conceptos racionales. Cada alma es una emanación de Dios—“su aliento es alma”—y Dios quiere recobrarla—“por el alma alienta”—porque es parte de su substancia infinita. Contra el parecer de algunos críticos, Machado no quiere decir que Dios solo existe en nuestra imaginación, cuando escribe las frases: “Yo he de hacerte, mi Dios” y “En mí te he crear”. Se refiere más bien a la idea de perfeccionar su alma que es parte del ser divino; como lo explica José Machado: “El camino para llegar a Dios—ya lo dice el Poeta—es lograr crearlo en uno mismo, despertando al que llevamos ya en el fondo del alma” (José Machado, Op. cit., p. 46). De igual modo, despertar al dios que llevamos en el corazón es hacernos tan puro como Él nos hizo en el principio—“cual tú me hiciste”—. Y si Dios le ayuda al poeta a purificar las turbias aguas de su ser imperfecto, podrá ser él mismo un ancho cauce para la pura corriente del amor divino.

Ésta es la meta hacia la que el poeta se esfuerza y la que espera alcanzar en esta vida, o en otra venidera. Y su voz ha sido una de las primeras, después del racionalismo de la centuria pasada, en alentarnos hacia una nueva “realidad espiritual” en la que ya no tendrá “fama de loco” el que expresa su fe en la inmortalidad del alma, y en su purificación final.